

Editorial

Se constituye en un lugar común afirmar que la situación geopolítica que caracteriza al mundo de hoy es sumamente compleja, porque de una u otra forma siempre lo ha sido, toda vez que las relaciones entre estados-nacionales son motorizadas por intereses y concepciones del mundo diferentes; al menos esto es lo que indica la perspectiva realista propia de la escuela de la Realpolitik. Sin embargo, si se compara a grandes rasgos el escenario de la Guerra fría con lo acontecido en las postrimerías de la segunda década del siglo XXI, podrían identificarse rápidamente actores y factores distintos.

Ante ese mundo bipolar de la segunda mitad del siglo XX, donde la tradición liberal y su economía de mercado postulada por los EE. UU., competía agresivamente con la planificación central de la economía de tipo socialista de la URSS, por ganar zonas de influencia, en el mundo de hoy se consolida con una fuerza avasallante un actor con identidad propia: la República Popular de China, nación que supo conjugar estratégicamente el capitalismo, con un fuerte aparato de control político y social que posee todos los rasgos del totalitarismo de antaño (modelo chino), que bien significa no solo una tercera vía a la dicotomía estructural-sistémica del siglo XX, sino, además, una síntesis dialéctica de ambas macro tendencias que se suponían antagónicas (socialismo/capitalismo).

No obstante, aún es demasiado pronto para pensar que el siglo XXI terminará por estructurar —en su decurso— un escenario internacional dominado por un grupo reducido de actores hegemónicos, tal como sucedió en el siglo XX. Todo indica que, en este mundo inmerso en la entropía y el calentamiento global serán las alianzas entre estados relativamente similares, al estilo de la liga árabe, la Unión Europea o el CARICOM, entre otras, las que terminarán por configurar los bloques de poder con algún impacto en la escena internacional, tal como sucedió en la antigüedad con la anficiónías griegas, que bien rememoró Bolívar cuando en 1824, formuló la invitación para el Congreso Anfictiónico de Panamá que tenía como objetivo, en esa época temprana, construir un bloque sólido de poder en Latinoamérica, asignatura aún pendiente a casi dos siglos después de aquel planteamiento visionario.

Por otro lado, las “grandes propuestas” formuladas por EE. UU., cabeza del occidente hegemónico al calor del consenso de Washington, luego de la caída del muro de Berlín y el colapso de la URSS, tales como: la globalización y el fin de las ideologías que hizo suponer a muchos intelectuales del establecimiento que la única opción posible para el logro del tan ansiado desarrollo integral estaba exclusivamente en la asunción del planteamiento neoliberal, según el cual, la sola marcha del mercado sin interferencias del Estado, sería suficiente para minimizar las odiosas asimetrías sociales y “derramar bienestar” en la sociedad en su conjunto, lucen hoy muy agotadas. Efectivamente, las principales economías del mundo industrializado “partidarias del fundamentalismo de mercado” como Japón, EE. UU., y la EU se tornan proteccionistas ahí donde tienen industrias vitales que no están en condiciones de competir con sus pares en los mercados internacionales, lo que demuestra sin duda que, el pragmatismo y la conveniencia supera con creces a los discursos ideológicos para consumo masivo.

Así las cosas, bien podríamos afirmar que el programa original de la globalización financiera este acabado, porque el libre mercado en una situación hipotética del Estado reducido a su mínima expresión, como un mero garante de las transacciones económicas entre agentes privados desregularizados, es una receta que, ni sus mismos partidarios están dispuestos a cumplir a cabalidad. Además, el carácter cosmopolita y universalizante de este proceso de interconexión se está erosionando ante el resurgimiento de fenómenos recurrentes como los nacionalismos chovinistas, el populismo radical y el neopopulismo que enfatizan, a su manera, en una visión idílica de lo nacional, incompatible con las visiones internacionalistas que apuestan por la cooperación y la solidaridad entre naciones, sin desconocer sus marcadas diferencias de toda índole.

En este escenario de reacomodos y reposicionamientos de las potencias de antaño (Rusia, EE. UU) y la nueva potencia económica emergente (China), interesa fortalecer y profundizar, a nuestro modo de ver, en Colombia y Latinoamérica, la democracia, no solo como sistema político que garantiza el goce y disfrute de los derechos fundamentales, sino, también, como el modo de vida en el cual la ciudadanía activa tiene la posibilidad —según su consciencia y capacidad— de edificar sus espacios de convivencia con autonomía y libertad frente a los

poderes políticos y corporativos que, trabajan sistemáticamente por desarrollar nuevas formas de control social multidimensionales, para garantizar sus posiciones de poder, en la economía, la cultura, la sociedad, la tecnología, el estamento militar y la educación. La preocupación por adecuar las democracias contemporáneas a los requerimientos del siglo XXI, es mucho más urgente, cuando es bien sabido que las fuerzas neo-totalitarias ganan terreno en el orbe, tanto en regímenes conservadores, como en otros que se dicen revolucionarios.

La victoria de Donald Trump en UU. EE., con el referente de un discurso nacionalista; de Jair Bolsonaro, con una plataforma de iglesias neo-pentecostales en Brasil y; la deriva autoritaria de la revolución bolivariana bajo la impronta de Nicolas Maduro, con el apoyo de pocos países, dan cuenta –más allá de su esencia e identidad ideológica particular– de un conjunto compartido de factores autoritarios como, la tendencia a personalizar de forma radical los procesos políticos en detrimento del control institucional y ciudadano del ejercicio del poder, al tiempo que producen y reproducen discursos y posturas abiertamente caudillistas, chovinistas o fundamentalistas, según el caso, y evidencian que la democracia es muy frágil aun, y que, en consecuencia, requiere de cuidados y contribuciones permanentes para no perecer ante las fuerzas regresivas que en todo momento luchan por ganar espacios de poder.

Por las razones aludidas, afirmamos diáfana y enfáticamente en AMAZONIA INVESTIGA, el compromiso del pensamiento crítico y creativo –que adquiere en la ciencia su mejor expresión–, de publicar artículos de investigación y reflexión que aporten luces y hojas de ruta ante los desafíos y aspectos a mejorar en las presentes realidades, que demandan la necesaria superación de la ciencia instrumental, que el positivismo supuso como objetiva y aséptica, por una ciencia ética y de compromiso social al servicio de las necesidades y aspiraciones de las personas de mejorar cualitativamente su condición de vida, en lo material y moral. Por los demás, los trabajos que se presentan en este número, componen una muestra de esa visión de la ciencia que nos identifica como órgano divulgativo del alto impacto en la región.

Diego Felipe Arbeláez Campillo

Editor Revista Amazonia Investiga ISSN 2322-6307
<https://orcid.org/0000-0002-9041-9563>

Magda Julissa Rojas Bahamón

Coeditora Revista Amazonia Investiga ISSN 2322-6307
<http://orcid.org/0000-0003-4882-1476>